

FEDERICO GIRÓN

35 mm

(12 exposiciones)



FEDERICO GIRÓN

35 mm
(12 exposiciones)

 **Cienflores** Editorial

Girón, Federico

35 mm : 12 exposiciones / Federico Girón. - 1a ed. - Ituzaingó : Cienflores ,
2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4039-48-4

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Editorial Cienflores

Lavalle 252 (B1714FXB), Ituzaingó, Provincia de Buenos Aires.

Tel: +54-011-2063-7822

email: editorialcienflores@gmail.com

<https://www.facebook.com/EditorialCienflores/>

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Editores responsables: Maximiliano Thibaut.

Arte y fotografía de tapa: Juan Augusto Girón / www.gironfotografias.com.ar

Diseño y diagramación: Soledad De Battista.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación o cualquier otro sistema de archivo y recuperación de información, sin el previo permiso por escrito de los editores.

A Focus.

*Y sin duda a su Vaca,
que ya hace años no está entre nosotros.*

Al entrar al negocio de fotografía, Bertelli siente el olor de siempre. Años atrás, al preguntar qué era lo que olía tan raro, Milton le explicó que eran los vapores que emanaban los químicos de la máquina de revelado al levantar temperatura. Ahora, al percibirlo cada vez que lleva o retira sus rollos —no recuerda desde cuándo le sucede, sí imagina que se debe a la costumbre de fotografiarse con su esposa teniendo sexo—, lo invade una incómoda pero a la vez placentera ansiedad.

Milton lo saluda con un breve movimiento de cabeza; su rostro algo hinchado y somnoliento evidencia los signos de haberse despertado hace muy poco. Lleva un suéter marrón oscuro que se iguala con el color de sus ojos. Bertelli le entrega el ticket de retiro. Lo ve realizar el procedimiento habitual: va con pasos cortos y algo encorvado hasta una caja forrada con papel afiche rojo y busca con parsimonia entre los sobres color amarillo. La luz de las dicroicas que bajan del techo y que alumbran el mostrador, dan de lleno en el perfil de Milton resaltando las canas que ya hace tiempo destiñeron el color de su cabello castaño.

—Aquí está, sí, salieron todas, las 36— dice Milton al encontrarlo.

—Nunca fallo en ninguna —se jacta Bertelli y sonrío nervioso.

Se miran un instante. Los ojos acuosos y en apariencia inexpresivos de Milton, no sólo muestran cansancio; Bertelli está casi seguro de que Milton mira en detalle sus fotos cuando las revela. No hace mucho, mientras esperaba ser atendido, lo oyó contestarle a un cliente que le preguntaba si había visto las fotos de su camioneta nueva, que no, que en general no las miraba más que por encima,

quizá una cada tanto mientras salían de la máquina, sólo para comprobar que la calibración estuviera estable. A él no se le ocurriría preguntarle si vio alguna de las suyas; jamás hablaron del contenido de sus fotos a pesar de que es cliente desde hace años. El trato es cordial y sin embargo distante. Es lo que quiere en realidad, un contacto amigable pero reservado, un acuerdo tácito que Milton supo entender desde un principio sin necesidad de aclaraciones. Está convencido de que mira sus fotos, todas y en detalle, siente en su mirada apacible y distraída una particular complicidad; lo excita saber que ese desconocido ve parte de su intimidad, no le cuesta imaginarlo con ojos voraces sobre la imagen recién salida de la máquina de su esposa abierta de piernas.

Paga y luego de un saludo regresa a la calle. Camina apurado hacia la estación del tren que lo lleva cada mañana al trabajo. Repasa de memoria las fotos que sacó con el rollo que acaba de retirar, sabe con certeza que están las del campamento; fue con su mujer, sus hijos y la cuñada con la familia. Recuerda que en la carpa tomó varias a su esposa, con un conjunto de ropa interior diminuto de estampado de leopardo, luego desnuda en poses sensuales y otras bien provocativas: abierta de piernas, apretándose los pechos y primeros planos de su sexo recientemente afeitado a pedido de él. Sus hijos y sobrinos pescaban en el arroyo, la cuñada con el marido habían ido a dar un paseo, y ese impreciso recreo los motivaba al juego íntimo por el riesgo que implicaba.

No está seguro de si hay algunas fotos del bautismo de su sobrino, las que hace días le reclama la hermana de su esposa, quizá estén en el rollo empezado que tiene cargado en la cámara. No, en ese están las del cumpleaños de su primo y las de la visita a la cancha de fútbol... Ahora que lo piensa, es justamente esto — el hecho de perder el control sobre qué fotos ha tomado en cada rollo—, uno de los

motivos por los que no quiere abandonar su vieja cámara de 35 milímetros, es lo que hace fascinante el juego, lo que alimenta la intriga por más mínima que sea, la posibilidad de asombro ante una toma olvidada o sorpresivamente distinta a lo que recordaba... Tendría que argumentarle todo esto a su esposa cuando le insiste con la idea de comprar una cámara digital.

Al principio le costó convencer a su esposa de dejarse fotografiar desnuda, en primer lugar por pudor, pero sobre todo porque la inquietaba quién iría a revelarlas, sin embargo él la fue ablandando poco a poco y ya hace años que lo hacen. Recuerda que le mintió durante un tiempo diciéndole que las llevaba a revelar bien lejos del barrio, a unas cuadras de su trabajo donde nadie podía reconocerlos.

Bastante después, cuando por un error de él supo la verdad (que era Milton quién las revelaba), vio sorprendido cómo su esposa apenas se mostró preocupada, y luego, quizá resignada por este hecho consumado, se dejó llevar y hasta incluso le pareció notar que la excitaba saber de esta riesgosa proximidad con un vecino, alguien conocido que tal vez fantaseaba al verla teniendo sexo. Sólo le advirtió que ella jamás iría a retirarlas.

Desde hace un tiempo el juego perdió cierto encanto. Ya no es lo mismo. Cuando transita esos períodos en los que parece desconectarse de todo y lo invade una angustia que a veces ni él entiende qué la provoca, es ella quien lo seduce posando y lo incita al ritual de fotografiarse. Sabe que lo hace para distraerlo, para seguirle el juego; ella, piensa Bertelli, ya no disfruta gran cosa de esa práctica.

Hace unos días volvió a proponerle comprar una cámara digital, pero a él sigue sin convencerlo la idea. Siente que al esfumarse la espera de encontrarse con la totalidad de las imágenes ya reveladas, se romperá la magia. Además, a él le gusta ir armando un álbum, uno que esconde en lo alto

del placard y con el que a veces, cuando está sólo en la casa, se masturba viéndolo. No entiende eso de tener las fotos grabadas en un disco. ¿Qué era eso de tener que sentarse frente a una pantalla? Y aunque ella le explicó que era mejor porque podían elegir las más lindas para imprimir, incluso hacerlo ellos mismos en privado con una impresora hogareña —lo había visto en un anuncio y no eran caras, le aseguró—, Bertelli, si bien tenía la convicción de que justamente eso rompería el encanto del juego, no supo cómo explicarle por qué no le convencía lo que en boca de su esposa era a todas luces más conveniente.

Está sentado en el tren rumbo al trabajo, ubicado del lado de la ventanilla como acostumbra; espía de reajo al pasajero que viaja a su lado. Está distraído con el diario y por ahora no hay nadie de pie en las cercanías que pueda verlo desde arriba. Ese riesgo siempre lo estimula. Abre el sobre amarillo y extrae las fotos. La imagen de las ramas de un árbol aparece en primer lugar, extrañado pasa cuatro o cinco con el mismo motivo tomado de distintos ángulos, troncos gruesos y tupidos de un palo borracho que pasan por encima de una pared medianera. Siguen las de una vereda resquebrajada, otras de un cordón con agua sucia y estanca; son fotos mal encuadradas, invadidas de luz o fuera de foco. Unos gatos, unos perros... ¿qué es todo eso?; además de que no son sus fotos, lo desconcierta el hecho de que no ve personas en ninguna de ellas. Más adelante aparecen intercaladas las de una herida en una pierna. Deduce que son tomadas en distintos días porque la herida, primero abierta y sangrante, aparece cosida, luego tapada con una gasa y ya en otras, comenzando a cicatrizar.

Está decepcionado, deberá volver mañana para hacer el reclamo. Se preocupa, espera no tener problemas; piensa si otro, además de Milton, verá sus fotos. ¿Un vecino que retiró las suyas por error? ¿Y si lo conocen? Mejor no contarle nada a su esposa.